

CAPÍTULOS GRATUITOS

Valores y reinos IV

Manuel Revilla

Nota del autor:

¡Atención! ¡Alerta de Spoiler! Si lees estos capítulos sin haber leído los libros anteriores perderás el factor sorpresa. Valores y Reinos es una historia que crece y evoluciona a medida que la lees, así que merece la pena disfrutarla de principio a fin sin anticipar su desarrollo. ;)

Hoy hemos venido aquí por una razón! —gritó Norberto Marco subido a lomos de su caballo—. ¡Hoy hemos de destruir la muralla que divide el mundo!

Miles de voces gritaron al unísono el nombre del príncipe. Su grito rebotó contra la sólida mole de piedra negra que se alzaba frente a ellos mostrando su amenazante semblante.

—¡No solo se trata de derribar la terrorífica construcción que levantó el rey oscuro, se trata de derribar el muro de miedo con el que nos ha mantenido aterrorizados en la distancia!

Su robusto caballo de batalla blanco se encabritó con nerviosismo, haciendo erguirse al príncipe mientras se asía fuertemente a sus riendas. Su armadura de acero azulado reflejó los rayos de luz de Harún sobre los presentes, haciéndoles entrecerrar los ojos para no quedar deslumbrados. Aquel destello de luz que acompañaba la hermosa figura rampante que componían, fue interpretado inmediatamente como una buena señal, haciendo prorrumpir nuevamente un gran estruendo de voces, que retumbaron durante largos segundos a lo largo del inmenso frente. Miles de hombres se contaban en la extensa llanura que se abría frente a Punta de Ariete, la inmensa muralla que separaba los reinos humanos del Este y del Oeste. Ni las más pródigas memorias de Isi eran capaces de recordar que jamás tan cuantiosa hueste hubiese sido llamada a las armas. Los soldados se contaban a millares, al igual que las cabalgaduras, los animales de tiro y los carros. Las máquinas de asedio, a centenares. Pero las tiendas, solo unas pocas habían sido montadas. Aquel no era lugar donde quedarse.

Un gigantesco ejercicio de coordinación y organización había sido llevado a cabo en el más estricto secreto y mantenido en el más escrupuloso silencio. Cuando el príncipe dio la orden, los duques y marqueses del reino, informaron de inmediato a sus ricoshombres y a sus hidalgos y estos a su vez a sus infanzones y caballeros, cubriendo una extensa red de territorios, en la que reclutaron en muy poco tiempo a una cuantiosa población. Pero este trabajo había comenzado hacía ya mucho tiempo. La alta y baja nobleza había iniciado la búsqueda y entrenamiento de hombres jóvenes y fuertes, enmascarando estos ejercicios bajo la forma de juegos populares como podían ser los lanzamientos de peso, las carreras y las pruebas de agilidad o puntería.

Semanas antes de aparecer frente a la muralla, desde los confines orientales del reino, comenzaron a formarse grandes grupos de hombres que, con exaltado ánimo y fresca energía, se unían al llamamiento que hacía el príncipe a través de sus nobles. Era la oportunidad de pertenecer a la gran hueste que se dirigiría hacia el Oeste, serían

los soldados de los Cuatro, que continuarían allá donde hacía cinco siglos lo dejaron. La oportunidad de liberarse del Mal, de romper las cadenas del miedo que les atenazaba, de demostrar el valor adormecido de los descendientes de aquellos supervivientes de la meseta elíptica y honrar la grandeza del reino del Este. Centenares de hombres comenzaron a dirigirse hacia el Oeste, por cuyo camino iban siendo preparados para la guerra. Gambesonos de tela y cuero, camisolas acolchadas, protecciones de cuero, refuerzos y cascos de metal. Espadas, picas y arcos. Todo el material había sido llevado a los cruces del camino donde diligentes sirvientes protegían y armaban a los nuevos soldados. Todo estaba donde debía estar. Los carros de avituallamiento se sucedían a lo largo de la ruta hacia poniente. El número de tropas iba incrementándose a medida que se acercaban radialmente hacia Punta, sin que en las proximidades de la muralla se apreciase por el momento ningún cambio en su constante quietud y calma.

Fue tan solo unas pocas horas antes de que Norberto Marco hablase a sus mesnadas, cuando los oscuros guardianes de la muralla se percataron de la gran hueste de hombres que se les echaba encima.

—¡Destruir esta muralla será solo el comienzo! —volvió a gritar Norberto Marco con potente voz—. Un largo viaje nos depara hasta las montañas Finales donde el rey oscuro nos espera. Sabed que cada paso que demos hacia el Oeste, es un paso hacia la victoria. ¡Es hora de acabar con el reino del Mal! ¡Es hora de acabar con el miedo!

Cada frase que decía era repetida constantemente por sus heraldos, quienes hacían que su mensaje recorriera rápidamente la llanura. Los gritos que ensalzaban a Norberto Marco o que pedían una vez más la protección de los Cuatro se escuchaban por todo el campo de batalla. Los nervios eran visibles en las caras de los jóvenes soldados, que no hacían más que mirar la temible muralla que jamás había sido atravesada hacia el Oeste. El miedo del que hablaba el príncipe, recorría con continuos escalofríos los cuerpos de la gran mayoría de los presentes que, a pesar de combatirlo internamente, no eran capaces de derrotarlo, y observaban con temor cómo en la distancia, desde lo alto de la muralla, comenzaban a asomarse terroríficas criaturas.

El ataque no se hizo esperar tras la arenga magistral de Norberto Marco. Enardecidos los ánimos de los soldados, el príncipe recorrió, flanqueado por dos de sus duques, la parte central del frente de batalla. Diego, duque de Malacena, cabalgaba a su siniestra portando con delicadeza un cuerno semicircular de oro. Fernando, duque de Bormedo, a su diestra portaba el estandarte de la ciudad elíptica. En su blasón el castillo de la ciudad se ubicaba en el centro, asentado sobre una meseta rodeada de agua y cuya punta de la más alta torre, ubicada en el punto de honor, era atravesada por un rayo de luz proveniente de cuatro estrellas en el cielo colocadas en simetría en los cantones.

Los hombres quedaban sin palabras al ver a los tres imponentes jinetes con su serio semblante y su templado paso, infundiéndoles el valor que el inminente combate les exigiría.

El resto de duques y duquesas recorrieron sus mesnadas acompañados de varios hidalgos, arengando a las tropas para enfervorizarlas, mientras se retiraban a la retaguardia. El ataque sería llevado a cabo por los marqueses, con Otón a la cabeza.

Beda, la marquesa de Trasoso, dirigiría las tropas del flanco siniestro, Leovigildo, el

marqués de Tierraverde el flanco diestro y Otón, gobernador de aquella cruel marca llamada Rodela, enfrentada siempre a la muralla como primer baluarte del reino del Este, llevaría el peso del ataque frontal.

El príncipe nunca hubiera querido tener que realizar un ataque así contra la gran muralla de Khron, pero las circunstancias le habían empujado irremediablemente a ello.

Mientras tomaba su posición en la retaguardia junto con los duques, subidos a una torre de madera que habían desplazado hasta allí, pensaba en el trato que había establecido más de tres años atrás, con el senador supremo de la república de Adalta. Clodión le hacía llegar angustiosas misivas en las que le explicaba sus enormes problemas para hacerle llegar el metal que le había prometido y que solo había vuelto a fluir hacia el Este tras el fin de las guerras orcas, el invierno pasado. Finalmente, el senador supremo no tuvo que realizar ningún ataque contra la retaguardia orca tal y como había acordado hacía años, pues ya no quedaba ninguna retaguardia orca a la que atacar, eliminada la última resistencia de esa especie con el ataque masivo de dragones de Khron. Siendo ese acontecimiento otro movimiento del reino oscuro que devino en fortuna para la república, pues no tuvo más que ejecutar pequeñas escaramuzas en el Sureste de Orgul-Dur para mantener merodeando a los dragones por allí, comunicando a Norberto Marco que había iniciado un gran ataque desde el Sur, para atraer sobre sí la atención del rey y dejar Punta desprotegida. Ni que decir tiene que la apertura de la puerta de la muralla no había sido posible debido a la gran vigilancia a la que estaba sometida la república que, según sus palabras, sostenía casi ella sola el gran levantamiento contra el Oeste. En otra situación, Norberto Marco no estaba seguro de si hubiera lanzado su orden de ataque contra la inmensa muralla, sabiendo que las puertas no se abrirían, pero gracias a que siempre había mantenido un plan oculto, aquella nefasta noticia no le impidió reunir a su hueste y lanzarla contra el muro, confiando en la victoria.

La rapidez del ataque era la clave para la apertura de una entrada en la muralla. Norberto Marco había impedido que se montasen campamentos en la llanura, manteniendo todos los enseres de la contienda subidos en los carros. Todos dormirían al raso en caso de necesidad, reconfortados por las buenas temperaturas del inicio del verano. Desde que los guardianes de la muralla viesan el primer movimiento en la llanura comenzaría una cuenta atrás para recibir una contundente defensa del reino oscuro. Fiándose de la información de sus espías, era cierto que la muralla no estaba en sus mejores épocas, desprovista del gran número de guardianes que hacía décadas la vigilaban. Era tangible que el rey Khron había tenido muchas batallas internas que librar y que todo hombre y bestia habían sido movilizados a una gran variedad de destinos. No obstante, la gran muralla seguía siendo tremendamente peligrosa y toda precaución siempre era poca.

Nada más percibir que el movimiento que se vislumbraba en la distancia no era normal, los guardianes dieron la voz de alarma y, tras verificar que se aproximaban una gran cantidad de tropas, lanzaron al aire varias palomas mensajeras con el fin de avisar a Khronia de lo que se aproximaba. Los halconeros del príncipe tuvieron que hacer un sacrificio enorme, al lanzar decenas de sus mejores halcones tras las palomas, sabiendo que la gran mayoría de ellos no regresarían, pues si de algo no carecían los guardianes

de la muralla era de armas que apuntaran hacia el cielo. Las rápidas persecuciones aéreas que pudieron observar los soldados apostados en Punta les debieron de parecer prodigiosas, pues con sus vertiginosos picados los halcones herían mortalmente a las palomas, haciendo que haciendo que se desplomasen al suelo. Algunos halcones perseguían a sus presas durante un buen rato, realizando giros acrobáticos hasta que, con sus fuertes garras, les arrancaban el plumaje, haciéndolas caer. Pero pronto los soldados de Khron comenzaron a darles caza, ya que expertos arqueros se encontraban entre sus filas y, aquel halcón que se quedaba rezagado o aleteaba tratando de coger altura era atravesado por una letal saeta.

Se cree que ninguna paloma llegó a salir con vida de las inmediaciones de la muralla, lo que ensalzaba el buen hacer de los halcones, pero lo que estos no pudieron impedir es que varios jinetes salieran al galope con sus rápidos corceles para avisar al rey del inminente ataque.

Desde la plataforma de madera donde estaba, el príncipe vio cómo las enormes torres de asedio de más de cuarenta metros de altura, avanzaban lentamente rebasando su posición. El marqués Otón sabía de memoria todas las características de la muralla, su altura, su grosor, su longitud, las torres de flanqueo que la defendían, sus puntos fuertes y también sus puntos débiles. Haber estado toda su vida frente a la imponente construcción había servido de mucho a la hora de diseñar y construir precisas máquinas para asaltarla. Las torres de asedio estaban provistas de gruesas ruedas con las que poder transportarlas de un lado a otro, facilitando mucho además la planitud del terreno su acercamiento a la muralla. Un sólido armazón aguantaba la estructura externa compuesta de paneles de madera recubiertos con escudos de metal y cuero húmedo que impidiera que se prendiera el fuego en ellos. En su interior hueco se alojaban las escaleras que daban acceso a diferentes niveles dotados de portones abatibles al exterior, hasta llegar a la planta superior. Toda ella estaba cubierta de una sólida techumbre, desde la que se podía bajar una pasarela levadiza a la altura exacta de la muralla y por la que los soldados tomarían a la carga el adarve. Junto a las enormes torres de asedio estaban las gigantescas catapultas y los trabuquetes. Esas máquinas habían recibido un excelente refinamiento para la ocasión, que las habían hecho incrementar considerablemente su precisión, gracias a las habilidosas manos de sus únicos aliados en la guerra, los lippis.

La sociedad monárquica bajo la que se regían los lippis era observada con envidia por otras muchas especies por su fidelidad al soberano y su estrecha unión entre sus miembros. Era una sociedad matriarcal donde se daba por hecho que si alguien podía cuidar con más rigor y lucidez a la gran familia lippi, sería una hembra que previamente hubiera mantenido y protegido a su propia familia. Así que desde innumerables generaciones una hembra lippi, proclamada reina por el valor de su memoria, legislaba y mandaba ejecutar las leyes de su reino.

Los lippis eran pequeños primates, delgados y ágiles de largos brazos y colas. Sus grandes ojos les servían para ver con gran precisión en la oscuridad, lo que les permitía mantener una agitada vida nocturna, a pesar de que la gran mayoría de ellos se considerasen seres diurnos. Tenían la costumbre de andar en fila, mostrando un carácter ordenado y de vez en cuando tocaban con su cola al lippi que estuviera detrás

para asegurarse de su cercanía y de su formación. Cuidaban con mucho esmero a la única cría que tenían por parto, a la cual llevaban las madres enganchadas en su pelaje durante los primeros meses, mientras ellas buscaban comida o se desplazaban, para que aprendieran a alimentarse y a orientarse. Protegían con celo a su familia. Eran rápidos cuando se desplazaban saltando de rama en rama, y solían aullar mientras lo hacían, como también gritaban mientras rebotaban entre los troncos de los árboles para ganar altura con sus grandes saltos. Aunque no les gustaba bajar al suelo demasiado por verse más indefensos allí, también se desplazaban con rapidez, corriendo a cuatro patas por suelos llanos o saltando lateralmente a dos patas con sus brazos alzados, en terrenos abruptos.

Sus asentamientos se mantenían colgados a ochenta metros de altura entre las copas de los árboles, donde habían construido sus hogares con finas tallas de madera, material que no tenía secretos para ellos. Los complicados juegos de poleas que utilizaban para elevar sus cajones montacargas repletos de enseres hasta esas alturas con un mínimo esfuerzo, eran admirados por todo aquel que entendiese de esa ciencia. Sus complejos depósitos de agua y sus canales a través de las ramas de los árboles eran una obra de arte en sí misma. Los puentes colgantes y las casas en levadizo era una constante rebelión contra la fuerza con la que Isi atraía a todos los seres y las cosas hacia sí. Aunque los humanos siempre lo habían negado, muchas especies decían que los hombres habían aprendido mucho del trabajo de los lippis.

La defensa del territorio lippi la hacían las hembras, y en contadas ocasiones cuando la situación comenzaba a ser crítica, llamaban también a los machos, que por lo general recolectaban comida para la comunidad o se dedicaban al estudio y la contemplación de la naturaleza y al desarrollo de sus propias máquinas y mecanismos.

La fuerza no era la característica más destacada de los lippis ya que, en contraste con un humano, apenas tenían. Con su poco más de medio metro de media y sus siete kilos aproximados de peso, no podían hacer frente a la mayoría de las especies de Isi en un combate directo, pero ese nunca había sido un inconveniente para su desarrollo como especie, pues todos ellos gozaban de una prodigiosa memoria y una astuta inteligencia.

Sus guerreros nunca habían sido temidos por su agresividad ni fiereza y prácticamente desconocían la magia, a la que temían por sus malas experiencias en el pasado, así que entre sus tropas no era posible encontrar ningún hechicero que dominase las fuerzas de los astros. Sus creencias les hacían dirigir sus pasos hacia la mecánica. El funcionamiento de los artilugios mecánicos les apasionaba. Y por ello sus máquinas eran respetadas por ser precisas, eficaces y letales. Como sus brazos no podían aguantar el peso de un arma pesada, se habían especializado en el combate a distancia con el lanzamiento de todo tipo de objetos. Aunque a veces utilizaban antiguas azagayas y venablos, el arco era su arma favorita y la manejaban con gran destreza, así como la ballesta que cargaban pisando el estribo con el pie y tensando la cuerda por medio de una rueda dentada que accionaban con una manivela a modo de molinillo. Entre sus inventos se encontraban las grandes balistas que colocaban tanto en vertical como en horizontal y tensaban rotando unos pedales con sus patas traseras al tiempo que disparaban con sus manos. Incluso se decía que habían desarrollado un arma que

era capaz de disparar varias saetas, tanto consecutivamente como todas a la vez.

Lo que más se valoraba en la sociedad lippi tras su inteligencia, era la memoria. Se creía que los lippis transmitían de padres a hijos, a través de sus simientes, todos los recuerdos que hubieran acumulado durante su vida, hasta el mismo día en que los fecundaban. Todo lo que hubieran visto, oído, conocido y vivido era transmitido a su descendencia. De ese modo sus recuerdos como especie se remontaban hasta su propio nacimiento sobre la tierra, a partir de las partículas de energía que desprendió Séril en su choque con Isi.

Debido a su gran cualidad de retener el recuerdo, los lippis se dedicaban a llevar una vida digna y honrada, con el fin de que sus futuros hijos los recordaran con honor, pues las malas acciones que ellos realizasen serían recordadas por las siguientes generaciones. Todas las mentiras, deudas, robos y asesinatos enturbiarían y mancharían los recuerdos de sus descendientes y serían recordados para siempre por todos aquellos que se enterasen también. Así pues, su reino basaba sus valores en aquellas acciones que pudieran hacerles sentir bien, pues quedaba grabado en sus recuerdos.

Todo nuevo conocimiento era comunicado al resto de la comunidad con rapidez, con la intención de que el mayor número de ellos lo recordase y pudiese transmitirlo a sus descendientes. Así, estos no tendrían que aprenderlo nuevamente, conociendo ya desde su nacimiento la historia, las hazañas y los descubrimientos de su especie, la maquinaria y los inventos que en su día se creasen y las lenguas o dialectos que antaño se aprendiesen. Esto permitía que su civilización se desarrollara mucho más que otras especies, sin la necesidad de utilizar en ningún momento la lengua escrita.

Y por esos dos factores los lippis tenían un gran interés para Norberto Marco, primero porque apenas dejaban ningún escrito, conscientes de que en su cabeza se guardaban mucho mejor los conocimientos, sin que se perdiesen o deteriorasen y segundo, porque de esa manera, en sus recuerdos se encontrarían las lenguas antiguas de los humanos.

Desde que se lo advirtiera su consejero Eudes en la forja, el príncipe no había dejado de pensar en estos pequeños seres. Estaba seguro de que ellos conocían la lengua de los primeros adálticos, con las que fueron dotadas de poder las espadas de los conquistadores. Pero también estaba seguro de que la monarca jamás permitiría que se revelaran esos conocimientos con el fin que pretendía el soberano de los Protegidos.

Los lippis todavía recordaban claramente las matanzas que realizaron los primeros conquistadores en su paso por los territorios de Isi. Ya fuera en su defensa o en los irracionales ataques que realizaron, enfervorizados por el poder de sus armas, arrasaron con todas aquellas criaturas que se cruzaron por delante. El miedo que invadió a aquellos humanos cuando salieron de sus montañas les hacía ver enemigos en todas partes, haciéndoles combatir con crueldad desmesurada incluso con pacíficos pueblos que en nada se entrometieron con ellos. El pueblo lippi fue uno de los que más ejerció su fuerza y poder contra los posteriores gobernantes de los asentamientos humanos, para que abandonasen aquellas armas y en parte se debía a ellos que hasta hace poco permanecieran en el olvido. ¿Cómo iba a ser posible entonces, que quisieran ayudarles a renacer su poder?

Las grandes catapultas mejoradas de los lippis, arrastradas por más de medio centenar de bueyes, se apostaron en las posiciones que previamente habían sido determinadas. La colaboración por parte de cientos de soldados que empujaban a su vez aquellas gigantescas armas hizo posible que la rapidez con la que empezaron a ejercer su poder destructivo fuera recordada en la posteridad. Todos los presentes querían ver destruido cuanto antes el muro que tantos temores les había causado desde hacía más de cinco siglos.

Los armazones móviles sobre los que estaban asentadas, se anclaban fuertemente al suelo por medio de unas fuertes patas hincadas en la tierra. A diferencia de las catapultas orcas impulsadas por medio de un arco, estas estaban impulsadas por medio de un gran manajo de cuerdas retorcidas alrededor del asta del cazo. La tensión del manajo se introducía girándolo por medio de una manivela que transmitía la fuerza a través de unas ruedas dentadas. El mecanismo rebajaba el esfuerzo necesario para girar la manivela de tal manera que dos hombres pudieran hacerlo. El movimiento que le habían otorgado los lippis tanto en inclinación vertical como en rotación horizontal era accionado con el giro de dos timones alojados en el armazón de las catapultas, con lo que se conseguía orientar fácilmente los proyectiles sin necesidad de mover la pesada máquina. Las enormes bolas de piedra que habían desplazado hasta el campo de batalla los sufridos humanos eran cargadas en los cazos mediante unas grúas colocadas al lado de las catapultas para tal fin.

Antes de que las catapultas del príncipe estuvieran cargadas y listas, una enorme piedra voló desde lo alto de la muralla hasta caer a un centenar de metros de donde se encontraba el frente.

Los soldados quedaron en silencio observando cómo la enorme piedra rodaba hasta detenerse frente a ellos. Los guardianes de la muralla contaban con la ventaja de estar a cuarenta metros por encima de la llanura y sus catapultas, aunque de inferior potencia que las del príncipe, lograban un considerable alcance gracias a la altura.

—¡No temáis! —gritaba Otón con todas sus fuerzas—. Tan solo comprueban lo cortas que se quedan sus armas. ¡No nos pueden alcanzar! Ahora comprobarán el poder del reino de los Cuatro.

El marqués alzó su espada subido en su caballo, haciendo que sus hombres alzaran sus armas y gritasen recobrando sus energías. En ese momento el príncipe dio la orden de ataque.

Decenas de grandes bolas de piedra salieron volando desde la llanura y silbaron por

el aire, haciendo contener la respiración de los soldados del Este. A casi un kilómetro de distancia desde donde fueran lanzadas, las piedras impactaron con un gran estruendo sobre la muralla. Una cortina de humo ocultó momentáneamente la negra construcción, cuando los proyectiles se fragmentaron y cayeron al polvoriento terreno junto con trozos de sillares. El viento volvió a mostrar la muralla con ligeras grietas en algunos de sus extremos y pequeños boquetes en sus almenas.

—¡Carguen! —gritó nuevamente Norberto Marco.

La orden se repitió rápidamente por el frente haciendo que los soldados volvieran a colocar otra vez nuevas rocas sobre los cazos. La orientación de las catapultas fue corregida para asestar un segundo golpe más certero.

El estandarte que manejaba Fernando se agitó en un amplio movimiento que indicaba el inicio del segundo lanzamiento de proyectiles.

Esta vez, los proyectiles del príncipe se cruzaron en el aire con los de los guardianes, colisionando en un par de ocasiones en el aire con un sonido seco y una lluvia de pequeñas piedrecitas.

Las bolas de piedra del Este volvieron a impactar sobre la muralla haciendo estallar en mil pedazos trozos de las torres de flanqueo y pequeños trozos de lienzo. Era evidente que las zonas donde habían caído por segunda vez consecutiva algunos proyectiles mostraban ya una prominente grieta.

Hasta una tercera lluvia de pesadas bolas de piedra volvieron a recibir los soldados apostados en la muralla, que debían afrontar parapetados tras sus sólidos muros el brutal impacto de los proyectiles, que se rompían en multitud de pedazos, perforando a su vez sus escudos de madera e incluso sus cascos de metal.

Destruídas las defensas principales del tramo de muralla sobre el que se centraron los ataques, llegó el momento de utilizar los trabuquetes, cuyos sacos estaban cargados con multitud de piedras, para mantener una lluvia constante de proyectiles sobre el adarve.

Varias decenas de trompeteros avisaron del avance a las tropas, quienes cubiertas con el intenso lanzamiento de piedras que impedía en gran parte que pudiesen ser rechazadas, comenzaron a arrastrar por su parte trasera a las inmensas torres de asalto.

Los guardianes de la muralla, apenas podían colocarse en sus posiciones, sin ser alcanzados por una de las piedras del tamaño de una cabeza, que eran desperdigadas constantemente a lo largo de la muralla. Mientras tanto, las reforzadas torres de asalto avanzaban poco a poco por el tramo de llanura que las separaba del muro y desde las que los atacantes disparaban con pequeñas balistas.

Media docena de enormes piedras volaron desde la muralla a la llanura, impactando sobre los soldados que corrían por ella. Lo que llevó rápidamente desde el frente a orientar las enormes catapultas hacia las posiciones desde las que habían provenido y contraatacar para destruir sus defensas. Los soldados empujaban las grandes torres sin levantar la mirada al cielo, temerosos de ver el vuelo de las grandes piedras que eran lanzadas por encima de sus cabezas. Una de las torres sufrió el impacto directo de uno de los proyectiles lanzados desde la muralla, rompiéndose su almacén junto con los cuerpos de los soldados que iban dentro.

Cuando las decenas de torres hubieron alcanzado una distancia cercana a la muralla,

las grandes catapultas que utilizaban los guardianes fueron sustituidas por ballestas de medio tamaño ubicadas en las torres de flanqueo, que disparaban arpones atados a gruesas cuerdas. Si un arpón quedaba enganchado en la parte superior de las torres, una docena de fuertes ogros comenzaba a tirar de la cuerda, inclinando la pesada torre hasta hacerla caer, por lo que los soldados del Este debían cortar la cuerda subidos a la techumbre de las torres antes de que comenzasen a tirar de ellas. Pero no solo era el riesgo de caída lo que les preocupaba, sino también el de ser alcanzados por las cientos de flechas que comenzaron a recibir las torres y todo soldado que se asomase por ellas. Por las aspilleras de la muralla que no habían quedado destrozadas se asomaban delgados trasgos portando livianos pero certeros arcos que comenzaron a causar muchas bajas entre los soldados del príncipe. Ahí fue cuando entraron en el combate los magos de Eudes.

Para proteger a corta distancia a las torres de asalto, los magos, que habían avanzado ocultos tras ellas, aparecieron con su gran dominio de los elementos. Generando cada uno entre sus manos una gran bola de energía, comenzaron a lanzar luminosos rayos sobre las almenas y sobre las aspilleras. La muralla pareció convertirse en un sumidero de rayos contra el que se estrellaba la furia de una tormenta. Mas del interior de la muralla salieron a su vez nigromantes, los cuales habían permanecido hasta el momento ocultos. Con sus oscuros poderes provocaron fuertes temblores de tierra que hacían tropezar y caer a los soldados del príncipe, dejándolos indefensos, haciendo además rodar las piedras caídas de la muralla, para colocarlas delante de las ruedas de las torres e impedir así su avance. Los soldados atacantes, a su vez, se afanaban en proteger las torres a costa de sus vidas, amparándose tras grandes escudos que eran portados por un soldado, con el que se resguardaba él mismo y a su compañero, que trataba de despejar el camino por el que debían pasar las máquinas.

Al anochecer comenzaron a verse los primeros fuegos, que iluminaban el contorno de la muralla y que pronto fueron usados para tratar de detener el avance de las mesnadas del príncipe. Cientos de bolas de esparto y paja envueltas en tela e impregnadas en grasa fueron lanzadas contra las torres de asalto y avivados sus fuegos por los nigromantes. Un trío de torres comenzó a arder en el flanco diestro bajo el mando de Leovigildo, que trataba de organizar a sus tropas cada vez que eran dispersadas.

Los flancos recibían los proyectiles de las partes más alejadas de la muralla, y a las que nadie atacaba por la extensión de la misma. Los flancos debían impedir que el frente de Otón se distrajese de su misión principal, que era conquistar la zona más atacada y debilitada de la muralla y que no era precisamente en la que se ubicaba la única puerta, que quedaba frente a Leovigildo. El espolón de la muralla y por la que recibía el nombre de Punta de Ariete se hallaba a escasos dos kilómetros de donde se encontraban y desde allí era desde donde se decía que el rey Khron solía vigilar durante horas los cielos tras haber detenido en ese lugar a los exhaustos ángeles.

El ataque y la defensa se intensificaron sin que la lluvia de piedras que lanzaban los trabuquetes contra la muralla se detuviese en ningún momento. Solamente dejarían de lanzarlos cuando las torres estuvieran a punto de bajar la pasarela levadiza. Pero las torres se habían quedado quietas desde hacía ya un buen rato, acumulando cadáveres frente a ellas, incapaces de deshacerse de los aguerridos defensores que protegían su

objetivo. Ninguno de ellos quería caer en la desgracia de pertenecer a la guarnición que viese caer Punta. El rey jamás se lo perdonaría.

El príncipe comenzó a impacientarse a medida que la noche se cernía sobre la muralla. Los terribles aullidos de las bestias que liberarían los guardianes si el adarve era tomado se podían oír desde la torre en la que se encontraba. Con toda seguridad hasta ahí era donde podrían haber llegado sus tropas, sin conseguir avanzar más a pesar de enfrentarse con gran furia a los sólidos muros de piedra. Probablemente allí hubieran quedado retenidas hasta que los refuerzos provenientes del Oeste los hubieran acabado aplastando, pero esta vez, todo iba a ser diferente.

Norberto Marco se giró hacia su siniestra y cogió de las manos de Diego el curvado instrumento dorado, apoyando sobre su hombro la barra que lo atravesaba. Con su mano acarició la delicada geometría del metal, su forma precisa, la finura de su embocadura, la amplitud de su campana labrada cual fauces de lobo. A su lado, Fernando volvió a agitar el estandarte de la ciudad elíptica con gran fuerza dando la señal de nuevo a los trompeteros.

Decenas de trompetas resonaron a la vez haciendo llegar su agudo sonido hasta la muralla, desconcertando a los defensores. Tras su prolongado toque se silenciaron todas a la vez y fue entonces cuando Norberto Marco hizo sonar su cuerno de oro.

Todos los presentes quedaron estremecidos ante la fuerza de ese sonido. No se había vuelto a escuchar en Isi ningún sonido similar, desde que aquel día las tubas rectas de oro fuesen tocadas. Todos los presentes supieron que aquel sonido era especial. Aquel sonido llamaba a luchar a las criaturas creadas por los Cuatro. Aquel sonido llamaba a los ángeles.

De repente el cielo se estremeció y desde el Este comenzó a brillar una luz muy intensa en medio de la noche. Cientos de puntos de luz comenzaron a dejar sus trazas luminosas en el cielo a medida que recorrían la distancia que les separaba de la muralla. Los guardianes se percataron enseguida de lo que ocurría y abandonaron su defensa contra las torres de asedio para volver a manejar las grandes ballestas que permanecieran en pie y apuntasen hacia el cielo. Con un estruendoso silbido, los haces de luz que recorrían el cielo en las alturas hicieron un temerario picado contra el suelo al llegar a la retaguardia de la hueste del príncipe y realizaron un vuelo rasante tan cercano a las cabezas de los soldados que a más de uno se le voló el casco con el viento que generaron.

Cuando las imponentes figuras aladas pasaron por alrededor de la torre de Norberto Marco, este se sintió reconfortado. Llegaba por fin la hora de enfrentarse a sus temores. Apenas le dio tiempo a reconocer a Fabián al frente de su gran tropa de ángeles portando la espada de Égica, seguido de Álvar con el hacha de Valente, recuperado el máximo poder de ambas, gracias a la prodigiosa memoria de los lippis.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Norberto Marco al recordar la terrible decisión que tuvo que tomar hacía tan solo unos días. Angustiado por sus terribles pesadillas y consciente de que tenía que continuar con su plan, el príncipe ordenó a Eudes que preparara el rapto de Luminar, uno de los mayordomos reales de la reina Polnam y del que se sabía que sus ancestros siempre habían estado de alguna u otra manera relacionados con la monarquía lippi. Si alguien debía de conocer las antiguas lenguas

adálticas, él era el candidato perfecto. El príncipe había ordenado que un pequeño grupo de soldados, entre los que se encontrase algún mago, se introdujera en los territorios de los lippis y raptaran a este sabio mayordomo haciéndose pasar por osos. Así que, recubiertos con la peluda piel de estos mamíferos y hechizando su entorno para que todo ser que los viese pensara que eran realmente osos, partieron del cercano ducado de Atenca, gobernado por la duquesa Eloísa, y recorrieron el territorio lippi buscándolo, hasta encontrarlo sin dificultad cerca del bosque de la reina, debido a su distinguida cola anillada de pelo azulado y negro. Agarrándole por el cuello una vez se hubo quedado solo, mientras miraba ensimismado un pequeño riachuelo del que bebía, le ataron su alargado hocico para que no pudiera abrir la boca y lo escondieron bajo las pieles de oso para ocultarlo de miradas furtivas. Tras ello, rápidamente salieron huyendo del reino con su preciado preso con ellos.

Estando ya en los sótanos del castillo de la ciudad elíptica, le quitaron sus ataduras y se mostraron ante él sus captores.

El asustado Luminar no podía dar crédito a sus ojos al ver que ante él, aparecían los soldados del príncipe.

—¿Por qué me habéis de tratar así, siendo aliados mi pueblo y el vuestro? —había preguntado.

Los soldados quedaron en silencio.

—Necesitamos que nos desveles la antigua lengua de Adalta —dijo de pronto Eudes, sabedor de la lengua lippi, mientras permanecía a la espalda del mayordomo.

—¿Y para qué queréis saber las antiguas palabras ya olvidadas? —preguntó Luminar.

Eudes anduvo alrededor del prisionero hasta quedar frente a él.

—Porque han de devolver el antiguo poder a las armas de los conquistadores.

El mayordomo real abrió de par en par sus ojos. A su mente vinieron los recuerdos de las matanzas realizadas por ellas. El dolor de sus recuerdos le hizo cerrar los ojos y estremecerse.

—¡Os habéis vuelto loco! —gritó Luminar y, asustado, trató de huir zafándose de los soldados, que consiguieron agarrarle nuevamente, antes de que se hubiera acercado tan siquiera a la puerta.

—Nuestra victoria en la inminente guerra con el Oeste depende de ello —le dijo amenazante Eudes.

—¡No lo haré! ¡El poder de esas espadas no debe volver a ponerse en las manos de los humanos! ¡Ya demostrasteis una vez que no sois dignos de él!

El poderoso mago se acercó a él, mientras pedía a sus soldados que le sentasen en una silla.

—Solo te lo diré una vez. Por el bien del reino del Este... ¡sí lo harás!

Norberto Marco cerró los ojos compungido por el sufrimiento que causaron al mayordomo lippi. Eudes tuvo que torturarlo intensamente para que accediese a traducir el conjuro mágico, demostrando el terror que le provocaba devolverle la increíble dureza y poder a las armas de los conquistadores. Golpeado, herido, llevado hasta el agotamiento y el dolor, el lippi tradujo palabra a palabra a la lengua adáltica primigenia, el conjuro que Eudes le transmitía. Y el poderoso hechizo fue pronunciado completo.

La espada de Égica y el hacha de Valente, que permanecían encima de una mesa, ocultas bajo un paño, comenzaron a desprender unos rayos de luz de energía pura, que recorrían sus filos y salían despedidos bajo la tela. Eudes apartó de pronto su cobertura y su brillo inundó los sótanos del castillo. El herrero Ludovico había hecho un gran trabajo con ellas. Su aspecto, sin lugar a dudas, era el que en su día tuviesen nada más salir de la forja de Adalta y su poder, después de tanto tiempo, había quedado nuevamente restablecido.

Eudes volvió a tapar las armas sin atreverse a tocarlas. El poder que desprendían era muy grande y el príncipe había prohibido a cualquier hombre que las empuñase.

Luminar apenas las miró con su cara desfigurada, tan solo notó en sus carnes abiertas, el poder que de ellas emanaba.

—¡Matadle! —ordenó Eudes a sus soldados—. No podemos dejar que recuerde lo ocurrido.

El mayordomo lippi dejó caer su cabeza sobre su pecho al tiempo que uno de los soldados empuñaba en lo alto su espada. Solo el desdichado supo cuál fue su último pensamiento.

El príncipe sentía ahora el poder de las espadas en manos de los ángeles y, a pesar de estar arrepentido por sus actos, no podía evitar regocijarse en que hubiera armas tan poderosas entre sus filas. Khron contaba con aliados muy fuertes y peligrosos y debían asegurarse poder derrotarlos.

Despistando completamente a los guardianes de la muralla, que esperaban que el ataque llegase desde arriba, los ángeles avanzaron a ras del suelo hasta llegar a la misma base de la muralla, sin apenas encontrar resistencia. La impresionante figura de Fabián, cuya piel refulgía más que la de cualquier otro ángel, se colocó junto a la negra muralla en la zona central del frente y con un gran grito, que hizo retumbar la construcción, clavó la espada de Égica en la piedra hasta la misma empuñadura, haciendo que intensos rayos saliesen de la abertura producida. Los defensores no podían creer lo que estaban viendo. Ninguno conocía un metal tan duro que atravesase con tanta facilidad la dura piedra, ni jamás en sus vidas habían visto nada igual. Nunca hubieran pensado que el príncipe contaba con un arma tan destructiva.

Con un poderoso aleteo, Fabián elevó su cuerpo del suelo arrastrando tras de sí la espada, que comenzó a cortar los sillares como si de un trozo de pan se tratasen. El musculoso ángel cogió altura hasta que hizo salir la hoja de su espada por una almena, dejando una enorme cicatriz vertical sobre la muralla. Pronto, grandes trozos de lienzo, que habían quedado sueltos tras recibir el impacto de los proyectiles, comenzaron a desprenderse de la muralla, cayendo al suelo. Álvaro a su vez, comenzó a destrozar con su poderosa hacha las piedras que impedían el paso de las torres de asedio, desplazándose por la base de la muralla con gran rapidez, al tiempo que las decenas de ángeles que los acompañaban, comenzaban a empujar las torres hasta colocarlas a escasos metros del muro.

Cuando las primeras pasarelas cayeron con violencia sobre las almenas de la muralla y sus ganchos quedaron clavados en el adarve, los soldados del rey Khron comenzaron a sentir el desaliento. Centenares de soldados comenzaron a cruzar las pasarelas, protegidos por los arqueros que se asomaban por los portones de la torre. Desde la

retaguardia, las trompetas comenzaron a sonar nuevamente con gran estruendo, provocando que los miles de soldados que todavía esperaban en la llanura comenzasen a correr hacia las torres, inmersos en un alarido que retumbó en la noche.

El empuje de los atacantes fue tal, que hicieron rápidamente retroceder a los guardianes. Los nigromantes fueron perseguidos por los ángeles hasta su muerte. Sus desesperados ataques fueron rechazados por la magia de los soldados alados y por sus robustas corazas de acero azulado.

La armadura con la que estaban provistos les confería una gran resistencia tanto a los impactos como a los hechizos. La cota de malla que les cubría el torso bajo la coraza, les protegía también sus brazos y sus muslos hasta las rodillas. Por debajo de la cota llevaban camisolas blancas que les protegían la piel del metal. Piel ligeramente iridiscente que iluminaba el blanco puro de sus alas. Portaban una esкарcela en la cintura y unas relucientes grebas y antebrazos de metal, que reflejaban la luz del fuego y de los rayos. En sus pies, sandalias de cuero atadas a la espinilla, cuya suela estaba reforzada con clavos.

Las bestias fueron liberadas para que trataran de recuperar lo que los guardianes perdían y pronto los soldados se enfrentaron a decenas de enormes lobos y hienas que destrozaban con sus fuertes mandíbulas los huesos de los que caían en sus fauces. También las perreras fueron abiertas y los patios bajo el adarve se llenaron de canes salvajes enajenados por el poder de Khron. Fabián sobrevolaba el adarve con su poderoso batir de alas, destruyendo con su fuerte brazo las armas de defensa que todavía quedaban en pie, siguiendo fielmente sus órdenes de no abatir con su arma a humano alguno. Su largo pelo castaño claro ondeaba bajo su celada sobre la que se erguía una cimera con cuatro cuernos. Su rostro se veía a través del baberón escaqueado permitiendo ver unos refulgentes ojos marrón claro y unos dientes apretados.

Tras destrozar con su espada una posición defensiva que se erguía sobre la muralla a modo de alta y fina torre de vigilancia, percibió que algo iba no iba bien. El humo de los innumerables fuegos y el polvo del suelo y las rocas flotaban en el ambiente oscureciendo aún más la noche, impidiendo ver correctamente en la distancia. De pronto, una fuerte ráfaga de viento removió el sucio aire provocando que los soldados se tapasen el rostro. Fabián se giró justo al tiempo de ver cómo ante una de las torres de asalto ancladas a la muralla, bajó desde el cielo un enorme dragón rojo que aleteó un par de veces hasta posar sus patas en el adarve. Antes de que nadie pudiera hacer nada, el dragón tomó aire y soltó una gigantesca llamarada a los soldados que cruzaban la pasarela. Decenas de cuerpos envueltos en llamas cayeron precipitados al suelo, así como toda la planta superior de la torre de asalto que, inmediatamente, se convirtió en una gran hoguera. El príncipe pudo ver con claridad cómo la gran llamarada atravesaba las nubes de polvo y cómo los gritos de los soldados se extendían por la llanura.

Fabián corrió por la muralla y saltó al tiempo que extendía sus alas para coger altura. El dragón percibió a tiempo sus intenciones y con un potente aleteo se elevó también, soltando al mismo tiempo otra letal ráfaga de fuego. El ángel tuvo apenas un segundo para apartarse de la llamarada y, aprovechando las corrientes térmicas que provocaba el fuego, ganar más altura con la intención de alejar a la bestia de la muralla. El dragón

le siguió, desapareciendo entre las nubes de humo y polvo.

Todos los que habían presenciado el rápido enfrentamiento entre esos dos seres, quedaron asombrados al ver cómo un único ángel se atrevía a enfrentarse él solo a un poderoso dragón, al que ni cien soldados podrían dar caza.

Fabián batía sus alas con fuerza seguido de la bestia como si de un gorrión se tratase perseguido por un águila. El dragón lanzaba de vez en cuando su llamarada hacia el cielo, dejando una estela brillante en la oscuridad de la noche, mientras que el ángel trataba de zafarse realizando giros impredecibles. En una ocasión trató Fabián de acercarse al dragón ganándole la espalda, pero el dragón se giró hacia él en el último segundo y le golpeó con su garra, aturdiéndole. Ambos perdieron altura rápidamente, pero lograron recuperarse antes de llegar al suelo. Sin saber muy bien cómo deshacerse del dragón, Fabián volvió a tomar altura batiendo sus largas alas, siendo perseguido sin descanso por la bestia. Cambiando rápidamente de dirección en su vuelo, había conseguido librarse de las llamaradas, pero solo era cuestión de tiempo que el dragón le acertase, así que aprovechando que cogía velocidad en un ligero descenso, se volteó rápidamente hacia arriba y hacia atrás, consiguiendo colocarse justo encima de su perseguidor. Este se revolvió sobre sí mismo al tiempo que abría la boca para acabar con el soldado alado. Con un rápido movimiento, Fabián replegó sus alas y se dejó caer con la espada pegada a lo largo del cuerpo, justo encima de las fauces abiertas del dragón. Pudo sentir cómo el calor se acumulaba en la garganta del animal, y percibió que si su ataque no salía bien sería el último. Un instante antes de que el dragón escupiera su bocanada de fuego, el ángel cayó dentro de su boca y haciendo girar su espada en un gran arco desde un lado de su cuerpo hasta el otro, rasgó el cuello del dragón, atravesándolo por el otro lado. Una pequeña llamarada se escapó por la boca del dragón y por el agujero recién abierto en su nuca. La bestia dejó de aletear al instante y su cuerpo cayó contra el suelo en el lado Oeste de la muralla. No hizo falta ver entre las nubes de polvo, lo que se había desplomado desde los cielos. Todos supieron que el dragón había muerto.

Los soldados del Este se enfrentaron con valor a todos los enemigos con los que se encontraron, ya fueran bestias, ogros, tragos o humanos, precipitando a muchos de ellos desde lo alto de las murallas hacia el suelo. El empuje de los soldados que venían detrás hacía que el movimiento de la muchedumbre solo se realizase hacia el Oeste, sin posibilidad de que en ningún momento los defensores ganasen terreno. Álvar golpeaba con el hacha de guerra de Valente los puntos débiles de la muralla haciendo que grandes bloques de la misma se desplomasen. En amplias zonas, ya se podía ver el otro lado.

Cuando amaneció y los ansiados rayos de Harún bañaron con su luz y calor los rostros ensangrentados de los soldados del príncipe, pudieron por fin comprobar que los últimos gritos y lamentos del combate se silenciaban, dejando frente a ellos el gran boquete que habían abierto Álvar y Fabián en la muralla, por donde ya era posible que pasaran las grandes máquinas de guerra del Este.

La gran muralla había caído en un solo día y una sola noche y por su abertura entraron a raudales miles de hombres y de animales portando sus firmes valores. La hasta ahora idea de detener al rey Khron era ya una realidad. Nunca más esa muralla volvería a ser

el límite de ningún reino.